



Revista de Claseshistoria

Publicación digital de Historia y Ciencias Sociales

Artículo Nº 388

15 de agosto de 2013

ISSN 1989-4988

DEPÓSITO LEGAL MA 1356-2011

[Revista](#)

[Índice de Autores](#)

[Claseshistoria.com](#)

ALBERTO RAÚL ESTEBAN RIBAS

La rebelión de Paulus

RESUMEN

La rebelión de Paulus es un acontecimiento sucedido a finales del siglo VII que debilitó el estado visigodo de Hispania. El enfrentamiento de parte de la nobleza goda de la periferia (Tarraconense y Septimania) con el poder centrado en Toledo pone de manifiesto tensiones políticas en el seno del reino visigodo más allá del conflicto tradicional entre élites familiares nobiliarias tan recurrentes en la historia de los godos en Hispania.

PALABRAS CLAVE

Alta Edad Media, Paulus, Wamba, Visigodos.

Alberto Raúl Esteban Ribas

Licenciado en Economía por la Universidad de Barcelona.

ar.esteban@yahoo.es

[Claseshistoria.com](#)

15/08/2013

INTRODUCCION

Desde la entrada de los visigodos en la Península Ibérica, a mediados del siglo V, hasta la conquista musulmana a principios del siglo VIII, el estado visigodo presentó diversos episodios en que la disensión interna ocasionó una gran desestabilización del reino. Quizás el más conocido de todos ellos sea la revuelta liderada por el general Paulus contra el rey Wamba, en el año 673. Este acontecimiento, de haber tenido éxito, podría haber derrumbado el reino visigodo hasta sus cimientos; las reacciones y movimientos realizados por los antagonistas pusieron de manifiesto tanto las potencialidades como limitaciones de la maquinaria bélica visigoda.

El presente artículo es una aproximación al suceso acaecido en aquellos cruciales meses del año 673; sin embargo, para conocer una historia es necesario enmarcarla en un determinado contexto, conocer los antecedentes y los condicionantes que influyen en el suceso final. Es por ello que este trabajo contiene una introducción que nos permite conocer cuál era la situación de la Hispania visigoda en aquellos momentos así como dar una pincelada a la estructura de gobierno y militar de los visigodos.

El artículo incluye también un apartado para exponer las diversas interpretaciones que los historiadores han dado sobre la revuelta del general Paulus: cabe decir que en estos casos los historiadores tienden a valorar los hechos del pasado en base a sus conocimientos y concepciones actuales y ello provoca que, ante idéntico suceso, las explicaciones pueden ser la mar de contrapuestas, como el caso que nos ocupa.

LA HISPANIA VISIGODA

La crisis del Imperio Romano del siglo III propició que diversos pueblos bárbaros cruzasen las fronteras del Danubio y del Rin y recorriesen Europa en busca de tierras en las que asentarse. La lejana Península Ibérica no fue una excepción y entre los siglos III a V los suevos, vándalos y alanos entraron en Hispania: los suevos se instalaron en el noroeste de la península (*Gallaecia*); los vándalos asdingos se instalaron también en aquella zona y en la parte norte del actual Portugal, mientras

que sus parientes los vándalos silingos ocupaban la *Baetica*; por su parte, los alanos se asentaron en la *Lusitania* y la *Carthaginensis*. La rebelión del general Máximo en Hispania (409-411) no hizo más que debilitar la presencia imperial en la Península.

Es por ello que en el año 416 el emperador de Occidente Honorio I pactó con el rey visigodo Wallia su servicio como *foederatus* del Imperio y en aquel año los visigodos entran en la Península Ibérica. Durante los siguientes dos años los visigodos derrotan a los vándalos silingos y a los alanos, permitiendo que Roma recupere el control total de las provincias de *Tarraconensis*, *Lusitania*, *Carthaginensis* y *Baetica*. Cuando los visigodos preparaban su ofensiva contra los suevos el emperador romano tuvo miedo del naciente poder en Hispania de sus mercenarios, por lo que ordenó detener la guerra y desplazó a los visigodos hacia Aquitania.

Durante 20 años Hispania permaneció relativamente en paz hasta que los suevos, que habían permanecido arrinconados en el noroeste peninsular, dirigidos por el ambicioso rey Requila, iniciaron una ofensiva para adueñarse completamente de la Península: en sus manos cayeron la *Lusitania*, la *Carthaginensis* y la *Baetica*; el siguiente paso era asaltar la *Tarraconensis* y así cerrar los accesos a la Península. El emperador Valentiniano III solicitó de nuevo ayuda a los visigodos, que liderados por su rey Teodorico II, entran de nuevo en la Península en el año 456 y logran arrinconar de nuevo a los suevos en *Gallaecia* y limpiar el resto de Hispania de rebeldes bagaudas y pueblos bárbaros. Pero en esta ocasión los visigodos permanecen en la Península.

Así, aunque formalmente Hispania sigue formando parte del Imperio de Occidente, los reyes visigodos actúan como los auténticos amos de aquellas provincias. Durante los siguientes 50 años los reyes visigodos gobiernan en una extensa región que incluye casi toda la Península Ibérica y buena parte de la actual Francia: es el reino de Tolosa, por estar su capital en aquella ciudad del Languedoc. Sin embargo los visigodos tienen que hacer frente a la presión de otro pueblo bárbaro sedentarizado, los francos; la guerra estalla y en abril del año 507 los ejércitos se enfrentan en una gran batalla en Vouillé (Poitiers): el rey franco Clodoveo I consigue derrotar y matar al rey visigodo Alarico II, destruyendo su ejército. Los francos ocupan la capital visigoda y conquistan las regiones de Aquitania, Gascuña y Limousin; los visigodos solo logran retener la franja costera de la *Gallia Narbonense*, la zona de *Septimania*, y se ven

forzados a desplazar su capital a Toledo, asentándose en un territorio que hasta aquel entonces era una provincia alejada de la capital tolosana.

Se inicia así el período de la historia visigoda conocido como del reino de Toledo, que culminará “oficialmente” en el año 711 con la derrota de Guadalete y la conquista musulmana. Los visigodos, centrados en su nuevo ámbito peninsular, inician un proceso de unificación territorial, conquistando el reino suevo –campana de Leovigildo (585)– y expulsando a los bizantinos –campana de rey Suintila (624)–, que en época de Justiniano habían desembarcado en la *Carthaginensis*. A nivel religioso, la conversión forzosa al catolicismo dirigida por el rey Recaredo (en el III Concilio de Toledo, año 589) es un intento de unificación religiosa y social con la mayoría de la población hispanoromana, que era católica –hacia la década de 360 el misionero godo Wulfila y el rey godo Frithugarnis convirtieron al pueblo godo al arrianismo–. Con el rey Recesvinto, se produjo la unidad legislativa bajo un único Código de Derecho, el *Liber Iudiciorum* (publicado probablemente el año 654). Esta consolidación global se basa en los pilares de la monarquía, la organización territorial y el ejército.

La monarquía

Tradicionalmente se ha afirmado que la monarquía visigoda era electiva, en la que cualquier noble tenía la posibilidad, al menos teóricamente, de ser elegido rey. Cabe decir que los orígenes germánicos y tribales de los godos propiciaban que en sus primeras etapas así fuese. Sin embargo, la institución monárquica llevaba largo tiempo afianzada en el pueblo visigodo cuando éste llegó a la Península: de hecho solo 3 reyes (Chintila, Wamba y Rodrigo), fueron coronados siguiendo esta regla. El resto de los soberanos alcanzaron la corona por ser hijos o parientes del anterior monarca: la asociación al trono era la práctica habitual por la que el rey se aseguraba que su descendencia continuase el linaje, modelo tomado de la organización del bajo Imperio romano.

Tampoco hay que olvidar que hubo usurpaciones en el trono. Este proceso político de continuidad tan inestable es conocido como *Morbus Gothorum*, suceso que implica que muerto el soberano, se iniciaba una pugna política entre los aspirantes al trono que podía transformarse en un conflicto armado abierto, en el que triunfaba aquel noble que contase con mayores apoyos en la aristocracia. Se iniciaba así un proceso de debilitamiento de la monarquía, por el cual el nuevo soberano recompensaba a sus

seguidores con tierras y privilegios –en parte a costa de los clanes vencidos, pero también en detrimento del poder real–; a la muerte del rey, y si éste no había logrado que su heredero estuviese afianzado en el poder, se iniciaba un nuevo conflicto sucesorio...

En un intento de sacralizar la figura regia, los soberanos visigodos instauraron la ceremonia de la unción religiosa y posterior coronación: así el monarca, ungido por Dios, debía al Señor su legitimidad y poder, por lo que la realeza se atribuía un carácter sagrado, con el objetivo de evitar las usurpaciones. Ello produjo, como efecto colateral pero no menos importante, el auge del poder eclesiástico en época visigoda: solo los obispos de Toledo podían ungir formalmente al monarca, y era un requisito indispensable para confirmar el poder real que el soberano fuese coronado en Toledo –las leyes godas contemplaban la posibilidad, de manera excepcional, que un nuevo rey fuese elegido en asamblea fuera de Toledo, pero a condición que fuese realizada en el lugar de fallecimiento del anterior rey y que tal nombramiento se ratificase posteriormente en Toledo–.

El monarca contaba con el asesoramiento de un consejo, llamado *Aula Regia*, formado por los principales nobles del reino y los altos prelados de la Iglesia; creada por Leovigildo, tenía funciones de gobierno, legislación y administración de justicia.

La administración territorial

Los visigodos, tras asentarse definitivamente en la Península y en la *Gallia Narbonense*, adoptaron la división territorial romana basada en provincias. Como máximo gobernante local se encontraba el *dux* (duque; en plural, *duces*), uno en cada provincia, con funciones de gobierno y militares; como rango secundario encontramos al *comes* (conde; en plural, *comites*), con funciones ejecutivas y jurisdiccionales.

Las provincias visigodas en Hispania eran las siguientes: *Tarraconensis*, *Gallaecia*, *Baetica*, *Carthaginensis* y *Balearica*.

Tampoco hay que olvidar el importante poder político y económico de la Iglesia, con amplia jurisdicción y privilegios, ejercido a través de obispos, en las ciudades, y abades, en el campo. El reino visigodo estaba dividido en los siguientes territorios eclesiásticos:

- *Gallaecia*, capital Braga.
- *Lusitania*, capital Mérida.
- *Baetica*, capital Sevilla.
- *Cartaginense*, capital Toledo.
- *Tarraconense*, capital Tarragona.
- *Narbonense*, capital Narbona.

Sin embargo, tras la aparente unidad territorial peninsular se esconde realmente una división latente debida al sustrato de base anterior: en el norte existen 3 focos de antagonismo al poder toledano (*Gallaecia* y su población sueva, astures-cántabros y vascones) y 2 focos en el este (*Septimania*, con su población gala romanizada y la *Tarraconensis*, con sus hispanoromanos).

Los monarcas visigodos fueron conscientes de tales peligros y obraron en consecuencia:

- Ante la amenaza latente de revueltas en *Gallaecia*, se destacan fuerte guarniciones en Tuy, Toro y Astorga.
- Contra los montañeses astures y cántabros, se potencian las defensas de las ciudades y villas del norte de la meseta, y periódicamente se lanzan ofensivas estivales.
- Contra los vascones, se funda la ciudad de Vitoria y se lanzan ofensivas.
- En las zonas de *Septimania* y *Tarraconensis*, las principales ciudades albergan unas poderosas guarniciones visigodas.

EL EJÉRCITO VISIGODO

La extrema escasez de datos, tanto arqueológicos como textuales o iconográficos, es el rasgo más característico para el estudio del armamento y tácticas en el reino visigodo: la información de primera fuente son las leyes administrativas y militares redactadas en los diversos concilios de Toledo y de testimonios posteriores. Paradójicamente se tienen más datos acerca de las tácticas, armamento y organización de los godos de los siglos III a V d.C., tanto en su papel de enemigos del Imperio romano como su posterior transformación en *foederati* a su servicio. La información disponible sobre los ejércitos visigodos del reino de Toledo proviene

principalmente de los diversos Códigos legales que sus reyes proclamaron; las crónicas sobre las diversas campañas en las que aquellas fuerzas combatieron apenas aportan información empírica de su desarrollo en el combate, puesto que el centro de gravedad de sus relatos se establecía en los aspectos políticos y religiosos de las campañas, dejando en un olvidadizo segundo plano los aspectos del detalle militar. Sabemos, no obstante, que a lo largo del siglo VII al ejército godo, hasta aquel entonces una fuerza étnica exclusiva de aquella élite dominante, se añadieron contingentes hispano-romanos.

Respecto de su organización, el ejército godo disponía de una fuerza permanente –*exercitus*–, aunque reducida, y asociada al “estado visigodo” o fuerzas del Rey: formado esencialmente por godos humildes y con algunos hispanoromanos escogidos, también voluntarios, denominados en conjunto *inferiores vilioresque*.

El Rey tenía una Guardia personal, los “Regis Fidelis”, que entronca tanto con la tradición romana como germánica; estos guardias se organizan en la unidad de *Spatharis*; además, el monarca contaba también con la protección de sus nobles más allegados, conocidos como “gardingos”: hombres a los que se les entregaban tierras por su servicio (*beneficium*), sujetos al Rey por un compromiso especial y personal de fidelidad.

Junto a este contingente propio del monarca godo, tendríamos que añadir la fuerza permanente nobiliaria del monarca ungido, que anteriormente habría sido reclutada como fuerza de protección del noble y de su clan. Junto a estas fuerzas permanentes “reales” marcharían los contingentes privados –*hostes*– de la nobleza –visigoda e hispanoromana–, armados y entrenados en diversa calidad en función de la riqueza de sus protectores, como los *bucellarii* romanos.

En caso de guerra los ejércitos se completaban con la presencia de hombres libres, al servicio de los nobles, obispos o de las ciudades, y también de libertos y esclavos del estado¹. Respecto de la participación de esclavos y libertos que tenían que servir en el ejército en caso de necesidad, da testimonio de su importancia y, a la vez, de la falta de efectivos, que el rey Ervigio, alarmado ante la debilidad de sus fuerzas,

¹ Aunque la inclusión de esclavos del Estado pudiera parecer una opción válida para contrarrestar la dependencia de los contingentes nobiliarios, lo cierto es que la calidad y motivación de estos soldados esclavos no era óptima, puesto que su entrenamiento y dedicación parece ser que no estaban en consonancia a lo que se esperaba de ellos, a diferencia, por ejemplo, de otras unidades de esclavos que, a lo largo de la Historia, han combatido: *saqalibah* del Califato cordobés, mamelucos, jenízaros, etc.

estableció la orden que los nobles debían acudir a la llamada real con al menos el 50% de sus esclavos –aunque con un máximo de cincuenta hombres–.

La organización del ejército visigodo se basaba teóricamente en el sistema decimal, con unidades de diez, cien, quinientos y mil hombres, en un intento de asimilación del modelo militar tardo-romano. El mando supremo era el Rey, seguido en jerarquía por los *Dux* –uno en cada provincia–; seguían en el escalafón los *Comes exercitus* y tras ellos los *thiufadus*, que era el comandante de una *Thiufa*, unidad compuesta de 1.000 soldados; también ejercían funciones de jueces militares. Su origen etimológico es incierto; se apunta tanto su procedencia del latín *devotus* como del germánico *thusundifaths*; en godo antiguo la palabra derivó a *thiwadus*. Las *Thiufas* se dividían a su vez en dos grupos: las *Quingentena*, con quinientos hombres al mando de un *quingentenarius* –aunque existen dudas que la unidad de quinientos hombres tuviera existencia independiente–; la siguiente unidad era la *Centesima*, de cien hombres, al mando del *centenarius*. Finalmente las centésimas estaban formadas por grupos de diez hombres llamados *Decania*, al mando de un *decanus*. La intendencia del ejército era función del *Erogator Annonae*, cada uno asignado a las *Thiufas* provinciales.

El núcleo del ejército visigodo, y a diferencia de otros pueblos germánicos como los francos, seguía siendo la caballería, aunque las tropas de infantería nunca fueron relegadas a un mero papel pasivo. La caballería se dividía en pesada y ligera; la pesada iba provista de lanzas y protección –acaso los más pudientes pudieran poseer alguna *lorica*, cota de malla y cota de escamas, basadas en los que se usaban en el Bajo Imperio, o la *zaba*, armadura realizada en silicio, cubierta de pequeñas placas de hierro, a modo de escamas y forrada de piel de buey–; la caballería ligera estaría formada por soldados armados de lanza y por arqueros a caballo, sin estribos. Sobre la panoplia visigoda cabe decir que encontramos espadas –de doble filo–, lanzas, jabalinas –*menaulo*– y hachas de combate (*francisca* o *securon*). Respecto de los cascos utilizados, los modelos serían del tipo Spangenhelm, en línea similar de los modelos imperiales romanos tardíos. La infantería portaba algunas protecciones de cuero, acolchadas o de fieltro más o menos elaborado; tan solo los nobles y los contingentes más profesionales debieron usar la protección metálica, cota de mallas o de escamas.

Respecto de las tácticas visigodas podemos conjeturar que formaban en dos líneas, con la caballería pesada al frente, la ligera a los flancos y la infantería en el centro; las fuerzas de caballería tenían por misión abrir una brecha en la formación enemiga y destruirla; la infantería completaría el trabajo. Como la mayoría de ejércitos, los

visigodos consideraban el “centro” del ejército como punto esencial, de modo que si éste caía, la línea entera de batalla se desmoronaba.

LOS PERSONAJES DEL DRAMA

Wamba

Poco se conoce de la vida de Wamba anterior a su ascensión al trono, en 672. Se supone que era un noble visigodo de avanzada edad, quizás general u hombre de confianza del rey Recesvinto; se ha identificado su figura con la de un magnate (*vir illustris*) que aparece referenciado en las actas del X Concilio de Toledo (656), pero sin saber su papel exacto en el concilio y desconociendo también su cargo en la corte de Recesvinto.

Su proclamación como rey está envuelta en una nube de misterio: en la localidad vallisoletana de Gérticos (o Gertici) fallece el rey Recesvinto el día 21 de septiembre de 672; ese mismo día los nobles y preladados de la corte eligen como sucesor a Wamba², pero éste se excusa en su edad para no aceptar la corona. Pero los nobles insisten, incluso con la violencia, en que acceda³: ante aquella presión Wamba asume la corona. Julián de Toledo en su crónica indica que los demás *optimates* –los nobles del reino– le obligaron a aceptar la corona, puesto que tenía gran prestigio dentro del reino, hombre maduro y reflexivo; el propio Julián indica que la voluntad divina había influido en la decisión, en un claro ejemplo de unir monarquía e Iglesia, pero manifestando también la preponderancia de la segunda sobre la primera⁴.

Sin embargo la explicación tradicional de su coronación, su modestia y las presiones sufridas puede hacernos pensar que se trata simplemente de un ejercicio de

² Según el procedimiento establecido en el décimo canon del VIII Concilio de Toledo, los nobles cortesanos que se encontraban presentes cuando un rey falleciese estaban habilitados para elegir sucesor en el mismo lugar de su muerte, rompiendo así el rígido formalismo de la coronación en Toledo. Esta excepción sólo podía surtir efectos jurídicos si iba acompañada, tan pronto como las circunstancias lo permitiesen, por la ratificación eclesiástica en Toledo.

³ Desde ese momento Gérticos toma el nombre de Wamba, que es el que lleva en la actualidad.

⁴ Dice la Crónica de Julián de Toledo: *Vivió en efecto en nuestros días, el ilustrísimo príncipe Wamba, quien dignamente quiso el Señor que reinara, a quien la unción sacerdotal consagró, a quien la comunidad de todo el pueblo y de la patria eligió.*

exaltación del monarca, que “abrumado” por la responsabilidad, en un primer momento duda en acceder a la corona. La Historia está llena de ejemplos en que, supuestamente, los mejores generales son llamados a ceñir una corona y aunque su “modestia” les impide aceptar, la presión y demanda del pueblo les obliga a reconsiderar su situación: César renunció a la corona real de manos de Marco Antonio, Trajano fue elegido por Nerva por sus grandes cualidades, etc. Es difícil imaginar cómo personajes de tan alta calidad política llegaran a la cúspide de manera “espontánea”...

Wamba no debió ser una excepción y teniendo en cuenta las particularidades de la monarquía visigoda, las pugnas nobiliarias y las disensiones internas, no nos sorprendería que fuese el jefe de un grupo de nobles cercanos al difunto monarca y dispuesto a sucederle⁵.

De hecho las explicaciones dadas por la historigrafía sobre el origen de la rebelión de Paulus se basarían en la no aceptación de la designación de Wamba por parte de la nobleza de Septimania, que o bien buscaba el beneficio de su propio candidato, o consideraba que la elección no se ajustaba a los requerimientos de la región mediterránea.

Matizado, pues, el asunto de la proclamación “espontánea” de Wamba, conviene continuar el relato indicando que el nuevo rey llegó a Toledo para hacerse coronar rey con los formalismos habituales palatinos; la ceremonia fue el 20 de octubre de 672 y celebrada por el metropolitano Quiricus, en la iglesia de los Santos Apóstoles San Pablo y San Pedro. Relata Julián de Toledo que Wamba, en un último intento para “rechazar” la corona, pidió a los allí presentes, que si alguno tenía algo en contra de su nombramiento, lo dijera en aquel momento, pero todos callaron. Es éste un nuevo intento del sacerdote toledano para ensalzar la figura del rey, pero también de preparar el argumento de la impiedad de los rebeldes –el “buen rey” dio la oportunidad al resto de nobles de oponerse a su coronación– y de sentar las bases de la supremacía eclesial: con la unción y coronación del monarca se pone de manifiesto el poder intervencionista del episcopado en la elección del nuevo soberano.

5 La facción afín de Wamba precipitó la elección en ausencia de buena parte del alto clergado, supuestamente enemigo de Recesvinto. La elección en Wamba, de avanzada edad, bien podría deberse también a que podía considerarse que sería un títere en las manos de los grandes potentados de su facción.

De hecho, el gesto de Wamba de ser ungido, al modo de los antiguos reyes de Israel que aparecen citados en la Biblia, no es más que otro ejemplo de la voluntad de la monarquía visigoda de arroparse de símbolos manifiestos de su grandeza, de modo similar a los antiguos emperadores romanos y a sus contemporáneos de Bizancio –de hecho, los reyes bárbaros, como Teodorico II, no dudaron en seguir también un patrón similar–: manto púrpura, espada, cetro, estandarte, corona... La "Unción Regia" implicaría la elección del monarca por el mismo Dios, bajo cuya protección se encuentra.

Pero la rebelión de Paulus segó las iniciales expectativas de paz que el reino ansiaba...

Paulus

Flavius Paulus fue un general visigodo⁶. Por la etimología de su nombre se ha considerado que era de ascendencia hispanoromana, incluso griega⁷. Su origen aparece en lo más oscuro de la Historia hasta que, con motivo de la rebelión de la provincia de Septimania, el rey Wamba le envía con un ejército a sofocar la revuelta. Paulus no solo no obedece si no que se alza como líder de los rebeldes y se hace proclamar rey. La rebelión fracasará y el general pasará el resto de sus días encarcelado.

Julián de Toledo

Nacido en Toledo hacia el año 642, de una familia de conversos judíos –sus padres ya eran católicos–. Educado en la escuela de catedral toledana, su infancia quedó marcada por su maestro el metropolitano Eugenio II. El joven tomó el sacerdocio e inició su servicio en la diócesis de Toledo. Aficionado a la historia, fue escritor de obras teológicas e históricas.

⁶ Según Collins (*La España Visigoda*. Editoria Crítica. Barcelona, 2005, pág. 67) "Paulo es casi con toda seguridad el que aparece como «*Paulo, conde de los notarios*», que fue uno de los dieciocho funcionarios cortesanos que en 653 firmaron las actas del VIII Concilio de Toledo y con el mismo título figura uno de los cuatro magnates que dieron fe con su firma en las actas del IX Concilio de Toledo en 655".

⁷ Así aparece en la crónica de Pere Tomic.

En enero de 680, a la muerte del arzobispo de Toledo Quiricus, es elegido como su sucesor, con el nombre de Julián II. Participó en los concilios toledanos XII (681), XIII (683), XIV (684) y XV (688).

Inicialmente partidario del rey Wamba, sobre el que escribió la crónica sobre la revuelta de Paulus que ha perdurado hasta nosotros, se fue alejando posteriormente del soberano cuando éste limitó los privilegios de la Iglesia⁸, en el XI concilio de Toledo.

De hecho, se cree que Julián intervino en la conjura que acabó con el poder de Wamba: supuestamente el rey fue drogado y mientras estaba inconsciente, tonsurado y vestido con el hábito de monje; cuando despertó le hicieron creer que era fraile y le obligaron a renunciar a la corona⁹.

El metropolitano Julián murió el 6 de marzo de 690. Posteriormente fue canonizado por la Iglesia católica, siendo su festividad el 8 de marzo.

LA REBELIÓN

La revuelta de Paulus ha pervivido en la Historia gracias a los siguientes textos:

- *La Historia Rebellionis Pauli adversus Wambam*, también conocida como *Historia Excellentissimi Wambae regis* (Historia de Wamba), escrita por Julián de Toledo, cuando éste era diácono o sacerdote.
- La *Insultatio Vilis Storici in Tyrannidem Galliae y Iudicium in Tyrannorum Perfidia Promulgatum*, también obra de Julián, en que se narran las tensas relaciones entre la provincia de la Galia Narbonense y la corte toledana.
- El *Iudicium in tytannorum perfidia promulgatum*, escrita seguramente en Nimes por un autor anónimo.

⁸ La ley militar que promulgó Wamba tras la revuelta de Paulus obligaba a los eclesiásticos a sumarse al ejército en defensa del reino, so pena de destierro y confiscación de bienes. Además, Wamba creó nuevos obispados, tal y como aparece en la Hitación de Wamba, documento promulgado en el año 676, sobre la delimitación territorial de las diócesis obispales, en los que puso al frente a miembros afines, cosa que originó más tensiones con la poderosa jerarquía eclesiástica.

⁹ Collins cree que no hubo tal conspiración, si no que esta "leyenda" proviene de las crónicas reales asturianas (Collins: ob cit. pág. 69).

- Una carta escrita por Paulus en la que reta al rey toledano Wamba a combate para dirimir los derechos a la corona.

La Historia de Wamba¹⁰ es el principal texto para conocer los sucesos de los años 672 y 673; fue escrita por Julián de Toledo, probablemente a finales de la década de 670 o poco después de que llegara a ser obispo en 680, y trata exclusivamente de los acontecimientos que se produjeron durante los años 672 y 673. El propósito de este texto era servir más como una obra de instrucción moral, retórica y política que como un texto de historia¹¹ y no proporciona información alguna sobre la vida de Wamba antes de su subida al trono o después de que sofocara la rebelión del conde Paulus en la Narbonense a principios de 673.

La revuelta de los vascones

Tras ser coronado rey, Wamba marchó en primavera del 673 con su ejército hacia tierras de los vascones; de manera regular los agrestes montañeses solían bajar a la llanura del Ebro para saquear las tierras en busca de manufacturas y víveres para sobrellevar el invierno. Como acto de gran trascendencia política, el nuevo rey deseaba un éxito militar con el que rubricar su coronación: es por ello que el ejército partió hacia el norte. Los vascones, ante las noticias que los visigodos preparaban una incursión a gran escala por el valle del Ebro y Navarra, dirigieron su ataque hacia el oeste, hacia las tierras cántabras y castellanas. Es en este momento, cuando las tropas visigodas llegan a su destino y empiezan las operaciones, cuando el rey Wamba recibe la noticia que la provincia Narbonense se había rebelado, pero lo que era más grave aún, no se trataba de una revuelta de campesinos, si no que estaba liderada por el conde de Nimes, Hilderico.

¹⁰ Tal y como dice Collins (ob. cit. pág. 66): “Aunque su origen y su carácter indican que la *Historia Wambae* no debería ser tomada como un texto implícitamente fiable, no hay razones para dudar de la veracidad de los hechos que menciona, ni de la fiabilidad de muchos de los detalles relativos a estos hechos”.

¹¹ Es ilustrativo el siguiente párrafo extraído de la propia crónica: *Así, introducimos el signo de nuestros tiempos, por el cual hacia la virtud incitamos a los siglos siguientes, para que la narración del hecho pasado pueda sanar a los espíritus delicados.*

El germen en Septimania

Septimania era el nombre dado a la zona marítima de la antigua *Gallia Narbonense* que quedó en manos visigodas tras la batalla de Vouillé; el nombre de *Septimania*¹² proviene de las 7 principales ciudades de la región: Elna, Agde, Narbona, Lodève, Beziers, Nimes y Maguelona.

Han sido diversas las explicaciones que se han argumentado para comprender el origen de la rebelión en Septimania; si en general se atribuye ésta a un mero origen nobiliario, esto es, la oposición al rey Wamba por parte de un sector de la nobleza contrario y ende, muy alejado de la corte toledana, desde la óptica de historiadores catalanes y occitanos, el origen de la revuelta debe encabirse en otras motivaciones que superan el ámbito estricto del *Morbus Gothorum*: la pretendida unidad proclamada por san Isidoro de Sevilla (patria-pueblo-rey) no se corresponde con la realidad, hecho visible en los sucesivos intentos de los monarcas visigodos por atraerse a la mayoría hispanorromana (conversión al catolicismo, unificación de legislaciones civiles, etc.). Es evidente que el poder efectivo en la Hispania visigoda no se sustentaba en las férreas manos de un monarca poderoso, si no que el día a día estaba conformado por la dispersión del poder entre la Iglesia –en las ciudades episcopales y en el campo a través de los monasterios– y a la nobleza local, de origen hispanorromano e indígena gala. La jerarquía visigoda –*duces y comes*– se encontraría superpuesta y con el control militar que las guarniciones pudiesen ejercer, mientras que el poder social y económico residiría en las élites locales; en resumen, la influencia religiosa, social y económica de las clases dirigentes y eclesiásticas locales sería superior al poder godo local, cuya vinculación al sistema centralizado en Toledo era demasiado lejana y débil.

En las regiones más romanizadas de Hispania, como Septimania, Tarraconense y la Betica es más evidente esta pugna del poder real con el local, y si bien en la Betica, quizás por la proximidad a la capital o las posesiones de nobles godos en la zona este conflicto no es tan evidente, es en las regiones alejadas de la Meseta donde el problema estalla.

¹² Otro origen etimológico de *Septimania* indica que el término proviene de la ubicación de los legionarios licenciados de la 7ª legión, hacia el año 36-35 a.C. en la ciudad actual de Besiers, que tomó el nombre de Colonia Julia Baeterrae Septimanorum.

Sin embargo, hay que matizar que la rebelión fue encabezada por los militares de origen godo destacados en aquella zona militar: un hipotético nacimiento en aquellas zonas quizás podría explicar su liderazgo en la revuelta, o quizás fueron convencidos por las élites locales de las ventajas de la rebelión frente al nuevo y maduro rey Wamba.

Así pues, el conde de Nimes, el visigodo Hilderico, se rebela contra Wamba¹³ y es secundado por Gumildo, obispo de Magalona (actual Villeneuve-lès-Maguelone) y por la minoría judía, presta a levantarse ante la opresión que las leyes de los concilios toledanos les imponen.

La versión oficial de los hechos aportada por Julián de Toledo informa que los partidarios del soberano legítimo Wamba son detenidos –la mayoría de los cargos civiles y militares de relevancia estaban en manos de visigodos e hispanoromanos provenientes de fuera de la región, quizás otros de los motivos que justificaban la revuelta–, y que los rebeldes entablan negociaciones con los francos y los vascones para lograr su apoyo. Aunque seguramente el hecho fuese cierto –es lógico pensar que los rebeldes buscasen el apoyo de los tradicionales enemigos de los visigodos de Toledo–, tampoco hay que olvidar que el fin del diácono Julián es justificar y glorificar el papel de Wamba en la revuelta y la afirmación que los sediciosos se aliasen con los sempiternos enemigos francos y vascones no es más que un intento de denigrar aún más a los rebeldes; el religioso, además, contrapone en todo momento a que la mayoría de godos son fieles al rey, y que no obstantse son los *gali* –los habitantes nativos de la *Septimania*, esto es, galoromanos–, los que se suman a la revuelta, distinguiendo claramente en razón de su etnia quienes son fieles al rey y a Dios y quiénes son los impíos y vulneran las leyes divinas de sometimiento al rey.

El obispo de Nimes, Aregius, se niega a legitimar la rebelión; ante este contratiempo, Hilderico ordena su arresto y lo envía a territorio de los francos –de

¹³ Siguiendo a Collins, puesto que según las fuentes Hilderico no se proclamó rey, puede que esta conspiración no fuera tanto un intento de usurpación como un complot para que aquellas importantes regiones fronterizas del extremo oeste de la Narbonense pasaran a estar bajo el control de los francos. Éste era el tipo de cosas que, según informa Gregorio Tours sucedían frecuentemente entre los francos a finales del siglo VI, cuando los magnates locales transferían su lealtad a cambio de mejores recompensas y oportunidades.

nuevo, un gesto a favor de los tradicionales enemigos—; como sucesor episcopal es nombrado el abad Ranimir, partidario de Hilderico —es evidente como los rebeldes intentan emular los formalismos de la Corte, necesitando de la “legitimidad” eclesiástica de sus acciones—; Ranimir es consagrado como obispo por dos obispos francos. Además, según la crónica de Julián, los sublevados saquean el territorio; con ello seguramente quiso decir que hubo lucha entre los fieles de Wamba y los rebeldes, y que éstos últimos tomaron los bienes de los primeros, aunque bien puede tratarse también de una licencia literaria del sacerdote toledano para remarcar la inquina de los sublevados.

No se tiene noticia que en aquellas etapas iniciales de la revuelta otras zonas de Septimania o de la Tarraconense se sumasen a Hilderico; por todo ello sorprende la pronta presencia de francos en la rebelión: o bien pudiera ser una licencia de Julián, de nuevo haciendo manifiesto de la traición de Hilderico y los suyos, o bien que los francos apoyasen desde el inicio a los sediciosos como parte de un plan preconcebido en su estrategia de ampliar sus fronteras hacia el sur, y por tanto, la rebelión de Hilderico no fuese un hecho “espontáneo” ante la coronación de Wamba, sino que quizás encubriese el objetivo franco, y que tal medida se materializó aprovechando la coronación del nuevo rey, en un momento de debilidad de la corona toledana.

La reacción del Rey

Wamba conoció la noticia de la revuelta de Hilderico unas semanas más tarde. El rey estudió con sus consejeros los hechos y se debió llegar a la conclusión que, atendiendo a que los rebeldes ocupaban una zona pequeña de Septimania —Nimes y Magalona—, no era necesario detener la campaña contra los vascones y que el conflicto se cerraría enviando a una fuerza expedicionaria a restablecer la situación.

El consejo palatino eligió a Flavius Paulus como jefe del ejército, puesto que tenía fama de experto y bravo guerrero, y fue nombrado *dux* de Septimania. Así, con una fuerza indeterminada de un par de miles de hombres, Paulus marchó por el valle del Ebro, alcanzó Zaragoza y entró en la provincia de la Tarraconense, reuniéndose con su *dux*, Ransindo, seguramente en la capital, Barcelona.

La traición de Paulus

Las fuentes no nos indican que motivó que el general Paulus, con la misión de sofocar la rebelión, no solo tomase partido por ésta si no que se convirtiese en su líder. Algo debió ocurrir en el viaje de la Tarraconense hasta Septimania que propició la traición. O quizás todo estaba planeado...

Entramos así en el terreno de las conjeturas e hipótesis. Paulus no era un noble godo: se supone que por su patronímico era hispanoromano, aunque algunas fuentes indican que era griego, sin poder aportar ningún argumento al respecto más allá del origen del nombre. El hecho que fuera hispano no prejuzga directamente nada pero si ello lo ponemos en relación con la hipótesis que la nobleza local de Septimania y Tarraconense, apoyada por los francos y por parte del estamento militar godo, se alzase en rebelión contra el poder toledano, todo ello podría indicar que se trató de una conspiración planificada de antemano; entre los partidarios de Paulus destaca la figura de Hildigisio, un gardingo de Wamba; por tanto, dentro de la oligarquía visigoda existía una facción contraria al rey coronado que, sin embargo, había mantenido hasta aquel entonces las apariencias y había gozado de la confianza del rey, como el propio Paulus.

O quizás Paulus fue lo suficientemente inteligente –al menos en aquel momento–, para liderar la rebelión a su propio beneficio –con la ayuda de su ejército, no hay que olvidarlo...–.

Paulus se reúne con Ransindo, acuerdan el “golpe de estado”, unen sus fuerzas y avanzan hacia los Pirineos, manteniendo la apariencia que su misión seguía siendo la eliminación de la rebelión de Hilderico.

Pocos eran los que conocía las verdaderas intenciones de Paulus, pero de alguna manera, a través de espías, el obispo Argebad de Narbona se enteró de las maquinaciones de Paulus y Ransindo y envió un emisario al rey Wamba de las intenciones de Paulus; aquello precipitó los acontecimientos: Paulus, que se encontraba ya cerca de Narbona, forzó la marcha de sus fuerzas para apoderarse de la ciudad amurallada; sus soldados llegaron a tiempo de bloquear las puertas de la ciudad antes que la guardia de Argebad pudiese cerrarlas.

Al día siguiente, y al viejo estilo asambleario germánico, Paulus convocó a los jefes del ejército y al pueblo a una reunión, escenario preparado para enseñar sus cartas: Paulus afirma que el pueblo no puede dar por válida la elección de Wamba ni estar sometido a su tiranía y propone que en aquella asamblea se elija un nuevo rey. El duque Ransindo toma la palabra para proponer precisamente a Paulus como rey; el resto de conjurados muestran ya abiertamente su predilección y lanzan vítores en honor del candidato propuesto: una puesta en escena perfecta. Así los principales jefes de la Tarraconense y autoridades eclesiásticas allí reunidos declaran ilegal la coronación de Wamba y eligen a Paulus como rey: el general es coronado por sus seguidores con la corona de oro que el rey Recaredo ofreció a la tumba del mártir san Félix de Gerunda y que se encontraba en el Tesoro de la basílica erigida hacia el siglo VI en honor del santo en Gerona. Todo estaba así perfectamente orquestado: las formas, los apoyos, los elementos ceremoniales, y el lugar: no es de extrañar que la conjura se desvele en Narbona: la ciudad es sede episcopal y cuenta con poderosas murallas, se encuentra estratégicamente situada a unos 100 Km. de los Pirineos –por tanto, lejos de un primer asalto de las fuerzas reales– y accesible desde el norte para unos posibles refuerzos desde Nimes y de los francos.

Tras la proclamación de Paulus como rey, se supone que Argebad aceptó las nuevas reglas y se unió a los rebeldes. Se desconoce, sin embargo, la suerte del *dux* de la Narbonense –se desconoce incluso su nombre–, ni tampoco las crónicas dicen nada respecto de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas de las principales ciudades de la Tarraconense y Septimania, si no que tan solo se intuye que se pasaron al bando de Paulus. Amator, el obispo de Gerunda, permaneció fiel a Wamba: Paulus no se atrevió a enfrentársele si no que le intentó convencer de la bondad de su causa para que se pasase a su bando, incluso le confiaba su plan de invadir el resto de territorio de Hispania para acabar con la “tiranía” de Wamba¹⁴.

Los rebeldes de Nimes también aceptaron al nuevo rey. Resulta extraño que en Nimes el conde Hilderico se proclamase rey y en cambio, una vez que Paulus se

¹⁴ Dice la crónica de Julián: *Reúne a multitudes de Francos y Vascos para que vayan a combatir en auxilio suyo y persiste dentro de las Galias con gran número de extranjeros, encubriendo el desenlace del tiempo más grato, en el que podría ir a luchar contra las Hispanias y pretender para sí la dignidad del reinado.*

rebelase, Hilderico se sumase a su rebelión y le aceptase como su rey: quizás los dos movimientos rebeldes no formaran parte del mismo plan, sino que se debieron a circunstancias totalmente diferentes: los *gali* de Septimania pudieron iniciar su revuelta empujados por agentes francos, mientras que el movimiento de Paulus se circunscribiera a los movimientos conspiratorios propios de la nobleza visigoda, movimiento que quizás fue transformado por la clase dirigente hispanoromana en beneficio propio: ¿acaso tiene sentido que la asamblea de Narbona declarase ilegal la elección de Wamba –quizás con la intención de Paulus proclamarse *rex* de toda Hispania–, para después proclamarse *rex orientalis*, reconociendo a Wamba como *rex austral* –es decir, reconociendo que Wamba podía reinar “legítimamente” como rey en el centro y sur de la Península–?

La historiografía ha tendido a explicar el movimiento rebelde de Paulus como un todo uniforme, pero personalmente tengo dudas que así fuese: más bien, a mi entender, se trató de dos movimientos rebeldes que coincidieron en el tiempo –el primero auspiciado por los francos y el segundo por razones propias de las relaciones entre godos e hispanoromanos–; el hecho que el segundo triunfase sobre el primero se debe a que Paulus llegó a Narbona al frente de un poderoso ejército, al que los de Nimes eran incapaces de hacer frente, por lo que no les quedó más remedio que aceptar, de mayor a menor grado, la hegemonía de Paulus.

Con la proclama de Paulus como rey¹⁵, las grandes ciudades de Septimania y Tarraconense se pasaron a su bando; de hecho Paulus exigió a todos sus seguidores

¹⁵ De nuevo Julian carga contra Paulus por violentar la fe católica y el respeto al soberano: *Paulo, convertido en el espíritu de Saulo, no sólo no quiso avanzar fielmente, sino que además se opuso a la fe. Atraído por la ambición del reino, se despojó repentinamente de la fe.* Para Julián Paulus se apartó de la fe al traicionar su juramento de fidelidad a Wamba, rey elegido por mandato divino, por lo que, literalmente, Paulus se oponía a los designios de Dios, a la fe. Entre los grupos locales que apoyaron al nuevo soberano se encontraba la minoría judía, sojuzgada y presionada por las leyes emanadas de Toledo; algunos judíos revolucionarios asesinaron a nobles fieles al rey Wamba; quizás no se trate más de una conjunción temporal de intereses: los judíos, largamente perseguidos por las autoridades godas, aprovecharon la rebelión para ajustar cuentas con sus antiguos maltratadores; el cronista Julián no dudó en recoger tales hechos para justificar posteriores medidas represoras contra esta maltratada minoría. No hay que olvidar que las medidas antijudías de los visigodos crearon un enorme descontento entre los hebreos, hasta el punto que existió una conspiración de los judíos del norte de África para organizar una revuelta con sus hermanos peninsulares; de hecho, en la invasión bereber de Tariq colaboraron judíos y en muchas ciudades hispanas la minoría judía apoyó a los conquistadores musulmanes contra sus odiados visigodos.

el mismo tipo de juramento que los reyes toledanos exigían en su coronación –una prueba más, pues, que Paulus seguía el ceremonial propio godo, quizás todavía en mente en aquellos momentos iniciales, en iniciar una guerra civil contra el poder de Wamba–. Simultáneamente Paulus se encargó de reclutar un ejército entre sus partidarios visigodos, los galoromanos e hispanoromanos; sin embargo, en la crónica de Julián se afirma que los integrantes del ejército rebelde eran básicamente “extranjeros”: francos y vascones, los eternos enemigos de los visigodos; de nuevo Julian intenta ensalzar la conducta de los “godos”, fieles al legítimo rey Wamba.

El avance real

Wamba conoció la noticia que Paulus se había rebelado estando todavía en campaña en Cantabria. El rey convocó a sus consejeros palatinos para deliberar acerca de qué movimientos seguir en aquellos graves momentos: se presentaba el terrible dilema de hacer frente a dos amenazas contando tan solo con una única fuerza de maniobra disponible. ¿Se tenía que continuar la ofensiva contra los vascones y dejar de lado a Paulus, que se haría más fuerte día a día? ¿Era preferible marchar hacia la Tarraconense y abandonar la campaña de Cantabria, dejando que los feroces vascones considerasen aquella marcha como una retirada y pudieran saquear a placer aquellas tierras? ¿Tenían que regresar a Toledo y reclutar un gran ejército y asegurarse la logística o era mejor opción utilizar las fuerzas disponibles antes que los rebeldes reclutasen más tropas?

Tras consultar con sus asesores Wamba decidió proseguir la guerra contra los montañeses, esperando encontrar una oportunidad favorable para derrotarles en una gran batalla, y tras sofocar aquel punto conflictivo, partir sin dilación hacia Septimania. Sin embargo los montañeses, menores en número, no brindaron aquella oportunidad. Los visigodos se adentraron en la cordillera cantábrica y durante 7 días destruyeron las aldeas de los valles bajos de los vascones, si bien rehuyendo adentrarse en los agrestes valles y caer en emboscadas. Finalmente, tras contemplar como sus cosechas eran destruidas, los vascones enviaron embajadores a Wamba a conferenciar un armisticio: éste consistió en el cese de hostilidades¹⁶ y la entrega de rehenes vascones y el pago de un tributo anual; el rey, satisfecho con aquel triunfo, se

¹⁶ En las negociaciones también debió surgir el tema que ante una posible llamada de ayuda de Paulus y sus rebeldes, los vascones deberían negarles su apoyo, so pena de recibir el envite de una nueva expedición de castigo.

puso a la cabeza de su ejército en dirección a Calagurris, Zaragoza y Huesca. A partir de Huesca el ejército real se dividió en tres columnas de caballería¹⁷: una primera columna que, por la Vía Pública –antigua Via Augusta– se dirigiría hacia Barcelona; la segunda remontaría el río Segre, desde Ilerda, por la *Strata Ceretana*¹⁸, cruzaría los Pirineos, entraría en la comarca de Ceretania, alcanzaría su capital, *Castrum Libyae* (moderna Livia) y continuaría hacia la Narbonense siguiendo el curso del río Tet; la tercera columna cruzaría la comarca de Olot, traspasaría los Pirineos y tomaría posiciones en la Ceretania y esperaría a la segunda columna, para que juntas entrasen en la Narbonense. Wamba, a la cabeza de un contingente de tropas, iba en pos de la columna que avanzaba por la costa; en aquellos momentos el factor tiempo era esencial, para limitar los posibles apoyos a los rebeldes y hacer también efectiva la presencia del ejército real, por lo que no es de extrañar que Wamba enviase a buena parte de sus fuerzas de caballería en avanzada para controlar aquellas tierra: la costa y los pasos de los Pirineos eran el objetivo a tomar.

Consciente del peligro que acechaba, con la intención de conseguir apoyos para su causa, Paulus envió emisarios a todos los enemigos de Toledo: pero los vascones, tras la reciente campaña de Wamba en sus tierras, no estaban dispuestos a correr nuevos riesgos, así que obviaron las tentativas de Paulus; los francos tampoco aceptaron unirse a los rebeldes, por cuestiones de división interna; los bizantinos tampoco accedieron, pues por aquel entonces los ejércitos musulmanes asediaban Constantinopla por primera vez.

Wamba y su columna alcanzaron Barcelona, que fue rápidamente conquistada, capturando a los cabecillas de la rebelión en la ciudad: Eured, Pompedio, Gundefred, Neufred y el diácono Hunulf; el siguiente paso era la captura de Gerona; durante el recorrido algunos soldados saquearon fincas y violaron mujeres, pero el rey castigó con severidad a los saqueadores y ordenó circuncidar a los violadores. Al cabo de pocos días el ejército real alcanzó los muros de aquella ciudad, pero el obispo Amator rindió la plaza sin derramamiento de sangre.

¹⁷ Literalmente la Crónica dice: (El rey) *divide al ejército con los duques elegidos, en tres escuadrones de caballería*. No se hace mención, pues, de tropas de infantería, pero se sobreentiende que las columnas contaban con fuerzas de infantería.

¹⁸ Calzada romana que unía Ilerda y su fértil llanura con las tierras de la Narbonense, hacia Carcasona y hacia el mar.

Los Pirineos

A las puertas de los Pirineos el ejército real descansó durante 2 días. Wamba recibió una desafiante carta de Paulus: el antiguo general se proclamaba a sí mismo como “rey oriental” y se dirigía a Wamba como “rey del sur”¹⁹; le retaba a entrar en sus dominios y a arrebatarle su corona, incluso le desafiaba en un combate singular en la localidad de Clausurae, cerca de la villa de Ceret:

"Si habéis atravesado ya las afiladas e inhabitables peñas de estas montañas; si habéis derribado con vuestro pecho, como el león, los densos matorrales del bosque; si habéis conseguido dominar los senderos de cabras, los saltos de los ciervos, los lugares donde hay jabalíes salvajes y osos...., enviad entonces un armiger –término que significa escudero–, mi señor, amigo de bosques y peñascos....., descendad a las Clausuras; pues en ellas encontraréis un Oppopumbeum grandem –se desconoce el significado exacto del término, pero por el contexto se puede colegir que se refiere al propio Paulus, que se califica así mismo con un nombre grandilocuente y el adjetivo “grandem”–, con quien podréis legítimamente negociar".

El rey no se amedentró y continuó con su ejército, tomando *Castellum Caucliberi* (hoy Collioure), un estratégico puerto; su ejército llegó finalmente hasta Clausurae, donde el ejército rebelde, a las órdenes de Ranonsindo, les aguardaba, mientras Paulus aguardaba en Narbona con un segundo ejército. Clausurae era un estratégico enclave situado en una garganta que estrechaba el camino de la Via Augusta; en época bajo imperial se había construido dos fortalezas a cada lado y una puerta fortificada cerraba el tránsito de la calzada que unía la Península con el sur de la Galia.

Las fuerzas reales asaltaron las posiciones rebeldes a lo largo de las colinas, tomando las murallas de las dos fortalezas; ello confirma el conocimiento de las técnicas poliorcéticas de los visigodos, tomadas de su servicio en los ejércitos tardoimperiales, como más adelante se comprobaría en los asedios a las ciudades septimanas. El ejército real venció tras una cruenta batalla, capturando al *dux* Ranosindo y al gadingo Hildigis, entre otros nobles sediciosos. Parece ser que

¹⁹ Esto indicaría que no intentaba desafiar la legitimidad de Wamba, sino más bien proponer la división del reino siguiendo las líneas fronterizas que se habían establecido entre los territorios de Liuva I y Leovigildo en 569.

finalmente los francos habían enviado un pequeño destacamento para ayudar a los rebeldes, pero ante las nuevas de la gran batalla en Clausurae y posterior derrota de las fuerzas de Paulus, se retiraron y mantuvieron la neutralidad.

Mientras tanto, las columnas realistas que se habían adentrado por los Pirineos ocupaban la ciudad de *Castrum Libiae*, defendida por el noble godo Arangiscle y el obispo Jacinto²⁰.

Wittimir, encargado de la defensa de la plaza de Sordonia, cercana a *Castrum Libiae*, al conocer de la derrota de las fuerzas paulistas, se dirigió a Narbona a informar a Paulus del desastre de Clausurae y de Livia, y que prontamente todo el ejército de Wamba se podría reunir.

Tras la batalla de Clausurae Wamba esperó a la llegada del resto de su ejército, que se congregó en los dos días siguientes. Reunida toda su fuerza, Wamba expuso su plan de operaciones a los jefes principales del ejército: una fuerza escogida de guerreros atacaría Narbona, otra fuerza iría embarcada navegando por la costa y el resto del ejército marcharía con el rey y la impedimenta hacia Narbona.

Narbona

Cuando el ejército de Wamba inició su marcha hacia Narbona los exploradores reportaron a Paulus que un imponente ejército se aproximaba hacia ellos; el “rey oriental” se desplazó más al norte, a Nimes, dejando al noble Wittimir al cuidado de la defensa de Narbona, contando con un nutrido ejército y buenas defensas.

Wamba conminó a Wittimir a la rendición de la plaza, pero éste se negó. El ejército real lanzó varios ataques por diversos puntos de la muralla. Se inició así una refriega en que los arqueros de cada bando lanzaban innumerable flechas; pero dado que el ejército real contaba también con piezas de poliorcética –lamentablemente la crónica no nos indica de qué tipo– y ante el fracaso de las tentativas iniciales, Wamba ordenó poner a las máquinas en posición: fueron lanzadas tantas piedras al interior de la plaza, causando fuertes destrozos y minando la moral de los hombres de Wittimir, que la defensa empezó a ceder; parte de la muralla se vino abajo y aunque los rebeldes intentaron mantener su posición en primera línea, habían perdido la seguridad que

²⁰ Se especula sobre si este Jacinto era obispo de Elna o de la Seo de Urgel.

brindaba la muralla de piedra. Algunos soldados de Wamba además consiguen acercarse a la muralla e incendiar las puertas; Wittimir ordenó a las tropas se fueran replegando ordenadamente hacia el centro de la ciudad, resistiendo casa por casa; la defensa de Wittimir y sus hombres fue encarnizada por lo desesperada que era, ante la abrumadora superioridad de efectivos del ejército real, pero tras 3 horas de intensa lucha, Wamb logra doblegar toda la resistencia. Wittimir se retiró, espada en mano, al interior de una iglesia, donde fue finalmente capturado; otros rebeldes de relevancia que fueron tomados prisioneros son Argemundo y Gultricia, los dos de ascendencia visigoda.

El ejército real se detuvo poco en Narbona y continuó su marcha hacia Nimes; la siguiente ciudad de importancia en su ruta era Besiers (Beterris), en cuyas cercanías fue capturado Ranimir, el obispo de Nimes, que había huido a toda prisa de Narbona antes que las tropas realistas ocupasen toda la ciudad. Otras ciudades como Adge (Agate) y el resto del territorio también fue cayendo en manos de las tropas de Wamba sin oponer apenas resistencia, mientras eran capturados el obispo Wiliesind, su hermano Ranosind y Arangisclé, defensor de Livia.

Wamba hizo converger a la fuerza principal de su ejército hacia Magalona, emblemática plaza donde había empezado la rebelión; la ciudad estaba erigida en un islote frente a la costa –actualmente está conectada a tierra firme y no es más que un pequeño promontorio abocado al Mediterráneo–. La ciudad estaba inicialmente defendida por el obispo Gumild, pero ante la noticia que se iba a producir un asalto combinado desde tierra y desde el mar –especialmente esta amenaza era la que más preocupaba a sus defensores–, Gumild huyó de la ciudad y se refugió en Nimes, dejando solos a sus hombres; cuando el rey Wamba llegó hasta Magalona, la ciudad se rindió sin oponer resistencia. Este hecho pone de nuevo de manifiesto el “arte de la guerra” de los visigodos, mucho más romanizado de lo que tradicionalmente se había considerado: Wamba había planificado una acción combinada de su flota y de su infantería para capturar una plaza situada en la costa y protegida firmemente por el mar; hemos de pensar que el episodio marítimo no debió de tratarse de una excepción, si no que a lo largo de buena parte del trayecto por la costa de la columna real ésta debió de estar apoyada por los buques –que posteriormente harían presencia en Magalona–, transportando víveres, caballos y hombres.

Nimes

La ciudad de Nimes, cuna de la revuelta, era un hormiguero de fugitivos, un caldo de cultivo para los rumores más apocalípticos; Flavius Paulus había fortificado a conciencia la plaza; en época romana Nimes contaba con un perímetro de más de 7 Km de longitud, fortificada con 60 torres, cinco enormes puertas y postigos; sin embargo, tras el período turbulento de los siglos III-V d.C. buena parte del antiguo lienzo de la muralla se había desmoronado, y la ciudad se había reducido considerablemente. El centro neurálgico y defensivo de la ciudad se encontraba en el antiguo anfiteatro, que estaba completamente fortificado: se había construido una muralla perimetral y se habían tapiado las entradas al anfiteatro –*vomitoria*–; la ciudad estaba defendida por visigodos, galoromanos y un contingente de francos.

El ejército real alcanzó Nimes el 31 de agosto; Wamba volvió a dividir a su ejército en 4 destacamentos, a lo largo del perímetro de la ciudad. Para el asalto a la ciudad se convinió que en vanguardia formara un destacamento de 30 guerreros selectos, que reconocerían el terreno; por su parte, los exploradores de Paulus informaron que, aparentemente, el ejército real estaba lejos y que tan solo había una exigua fuerza en el campo. Paulus ordenó que aquellos 30 guerreros fuesen capturados para obtener información y servir también de acicate a la moral de los defensores; pero quizás prevenido de la potencia del ejército real –que sucesivamente había conquistado todos los reductos rebeldes– o intuyendo así una emboscada –como parece ser que Wamba tenía previsto–, el usurpador canceló la orden, creyendo oportuno permanecer parapetado en los muros de Nimes y sin correr el riesgo de dejar las puertas abiertas mientras durase la operación de captura.

Fracasada así la estrategia inicial de Wamba de atraer a campo abierto al enemigo, el grueso del ejército real alcanzó Nimes a mediodía. Wamba, aprendida la lección de Narbona, ordena que la artillería tome posiciones nada más llegar a la ciudad; el ejército real toma posiciones de asalto y tras varias andanadas de piedras y flechas sobre la ciudad, los soldados realistas se lanzan a la carrera para tomar las murallas pero son vigorosamente rechazados por los hombres de Paulus; sin haber logrado abrir brecha en la defensa de la ciudad, Wamba ordena el repliegue de sus tropas al campamento que apresuradamente se ha construido.

El segundo día transcurre entre intercambios de piedras y alguna escaramuza sin importancia: uno y otro bando aprovechan para estudiar las fuerzas del contrario, a la espera de encontrar algún punto débil que se pueda aprovechar. El tercer día de asedio el rey Wamba ordena un asalto, siendo de nuevo infructuoso; en medio del combate, un oficial de Paulus grita a los soldados realistas que combaten y mueren a los pies de las murallas que su esfuerzo es inútil y que Paulus en breve espera la llegada de un numeroso ejército franco de socorro; tales palabras infundieron negativamente en la moral de la tropa de Wamba, que va cediendo en el ataque y está a punto de regresar al campamento.

Parece ser que Wamba no se encontraba en primera línea del ejército en Nimes, sino que se encontraba en otro campamento a retaguardia, alejado unos kilómetros al sur de la ciudad, quizás algún puesto de aprovisionamiento. Los jefes del ejército sitiador le solicitan urgentemente refuerzos y provisiones para continuar el asedio, así como le advierten de la noticia del supuesto ejército de socorro. Wamba no se amedenta: por un lado les tranquiliza con su voluntad de cubrir cualquier intento de flanqueo del enemigo y por otro es mismo día, por la tarde, una columna realista de 10.000 hombres a las órdenes del *dux* Wandemir se suma al ejército de Nimes.

Al día siguiente vuelve a formar el ejército realista en orden de batalla, ante el asombro de Paulus y los suyos, que creían que las fuerzas de los sitiadores estaban muy mermadas. De la crónica de Julián se deduce que finalmente el propio Wamba se decidió a comandar personalmente el ejército, seguro que la victoria estaba cerca.

De hecho, los soldados del ejército rebelde, ante la aparición de aquellos inesperados refuerzos realistas, cayeron en un profundo desánimo, creyendo que el tamaño de las fuerzas de Wamba era inmenso: no creían que Wamba en persona estaba al frente de aquella fuerza que se desplegaba antes sus ojos y creían que nuevos ejércitos estaban por venir, y por tanto, cualquier resistencia era inútil: *“A esto agregaban la mayor parte de los suyos, que un rey sin señales no podía presentarse”*, decían los oficiales rebeldes, convencidos que aún faltaba Wamba por venir, al frente de un nuevo y poderoso ejército. Pero Paulus les tranquilizó diciendo que Wamba *“se había acercado con las señales de los estandartes (reales) escondidos, para hacer*

*creer a sus enemigos que aún había otro ejército además de aquél con el que él mismo aún estaba*²¹.”

Para calmar los ánimos Paulus arengó a sus tropas recordando que los godos hacía tiempo que no eran un pueblo guerrero, que habían sido derrotados por sus antepasados (se refiere tanto a sus aliados galoromanos como a los francos que se encontraban en la ciudad) y que si el rey godo estaba presente en el campo de batalla era para intentar hacer regresar el antiguo valor ancestral a sus hombres, no porque estuviese convencido del éxito de la empresa de conquistar Nimes. Ante la arenga transcrita por Julián de Toledo asalta de nuevo la duda si la intención del cronista era servir de acicate a los propios visigodos, cuyas costumbres relajadas –a tenor de los comentarios del cronista y de la reforma militar de Wamba– no eran harto motivo de preocupación. Sorprende que Paulus utilice el término “godos” para referirse al ejército de Wamba y no para referirse a sus propios hombres: ¿da esto fuerza a la hipótesis que hispanoromanos y galoromanos seguidores de Paulus se consideraban extraños a los visigodos? ¿Es una licencia de Julián para indicar justamente esto? ¿Eran acaso los defensores de Nimes fundamentalmente francos y por eso Paulus ridiculiza a los godos? De la lectura de las fuentes conservadas no se puede dar una respuesta contundente a todos estos interrogantes.

Concluidas las arengas en cada ejército los visigodos de Wamba se lanzan de nuevo al asalto; piedras, flechas y todo tipo de proyectiles son lanzados contra la ciudad; los sitiadores consiguen poner pie firme en la muralla y la resistencia de los rebeldes se ablanda; los informes que recibe Paulus de primera línea de batalla son desesperantes: los godos están a punto de romper la línea, los heridos y muertos se amontonan y no hay refuerzos para mantener la defensa.

Wamba creía que la plaza caería pronto y dispuso que se mantuviese la presión durante todo el día: se incendiaron las puertas de madera de la ciudad y tan pronto se constató la debilidad de los postigos los godos de Wamba se lanzaron al asalto. Se inició una lucha casa por casa en la que el número de efectivos de Wamba prevaleció,

²¹ *Reconozco* –dice Paulus a sus oficiales, tras comorbar desde lo alto de la muralla, el despliegue del ejército real- *que toda esta disposición de lucha proviene de mi adversario; creo que es el mismo y no otro, lo reconozco en sus disposiciones. (...) Pues nada hay mayor que debáis temer cuando veáis aquí presente al rey y al mismo ejército.*

retirándose los defensores al reducto del anfiteatro, donde fueron de nuevo sitiados por los realistas.

Pero a la espera de la señal de ataque de Wamba, no permanecieron ociosos los visigodos esperando, si no que se habían dedicado al pillaje de las casas de Nimes, matando a diestro y siniestro a todo aquel que encontraran; la crónica de Julián es muy vívida al respecto.

Ante la amenaza del inminente asalto, los últimos fieles de Paulus empezaron a desconfiar los unos de los otros, temiendo que el vecino, antiguo camarada de armas, traicionase a la causa para poder salir indemne: los galos desconfiaban de los visigodos y los francos, y viceversa; la tensión fue creciendo hasta que las palabras dieron paso a los insultos, éstos cedieron a las manos, y al final se recurrió a la espada; mientras el ejército real permanecía expectante a la espera de la orden de asalto, los partidarios de Paulus se enzarzaron en una matanza entre ellos, mientras Paulus contemplaba horrorizado el final de su reinado: delante de él son ajusticiados por los francos y por los galorromanos varios familiares y personas de su séquito, sin que él pueda oponerse.

Al tercer día del asedio del anfiteatro, y mientras los suyos se seguían matando entre ellos, el general rebelde comprendió que su causa estaba irremediabilmente perdida, y envió al obispo de Narbona, Argebad, a pedir clemencia al rey. Wamba recibió al obispo, aceptando la rendición de los rebeldes y el cese de hostilidades, perdonándoles la vida ante un eventual saqueo, pero en modo alguna acepta conceder clemencia: los rebeldes serían juzgados y recibirían su castigo.

Argebad volvió con Paulus y le confió la respuesta real. Ante ellos se cernía una muerte segura dentro del anfiteatro, bien en combate o por ejecución de sus antiguos aliados, o la incertidumbre de la clemencia de Wamba. El día 3 de septiembre Paulus, Argebad, el obispo Gumild de Magalona y otros 25 jefes rebeldes se rendían ante Wamba, confiando en su piedad. Las tropas realistas ocupan el anfiteatro, ajustician a los defensores que aún tienen armas en las manos y encadenan al resto, entregándose al placer del saqueo de las tiendecillas de la fortificación y del resto de la ciudad. Los guerreros francos son confinados en espera que el soberano decida si los ejecuta o los deja en libertad: el reino del norte es demasiado poderoso como para tomar una decisión a la ligera.

Tres días más tarde Paulus y 53 de sus principales seguidores fueron juzgados por los delitos de rebelión. El juicio fue una asamblea judicial dirigida por Wamba, en la que además participaron altos oficiales del ejército y miembros de la nobleza no militar. Paulus fue acusado de dos delitos capitales: haber violado el juramento de fidelidad al rey e incitar al pueblo visigodo a la rebelión. El rey tomó la palabra y preguntó a Paulus y a sus seguidores por el motivo de la rebelión, si él les había ofendido o agraviado; ante el silencio de los acusados, Wamba les enseñó el juramento de fidelidad que habían firmado meses atrás, como prueba de su falsedad y traición.

Paulus reconoció su culpa, así como también lo hicieron otros acusados, esperando la clemencia del soberano; la pena se estipuló en función al cánón nº 75 del IV Concilio y a dos leyes de Chindasvinto, en las que se culpaba a los que ponían la vida del rey en peligro: la muerte. Además todos los acusados fueron excomulgados en base a las leyes eclesiásticas.

Wamba, sin embargo, consideró oportuno salvar la vida de Paulus y el resto de conjurados, demostrando la fortaleza de su gobierno y la clemencia del rey. Wamba asimismo dio orden de devolver todos los bienes requisados por los rebeldes, restituir en sus cargos a todos aquellos partidarios realistas que hubieran sido destituidos por Paulus y los suyos, y también nombró a nuevos representantes en sustitución de los sediciosos.

El día 20 de septiembre, los guerreros francos fueron deportados hasta la frontera, con la intención de servir de ejemplo, pero también para no irritar a aquellos belicosos vecinos.

EL DESENLACE

Wamba aseguró Septimania colocando tropas en las principales ciudades, en previsión de un nuevo rebrote rebelde y para asegurar la frontera frente a cualquier intencional intervencionista de los francos. También expulsó a la comunidad judía de Narbona –de ahí mayor fundamento que los judíos habían apoyado a Paulus en su aventura–. Pacificada la provincia, licenció al grueso de su ejército en Canaba, al sur de Narbona.

Wamba, no obstante, quiso realizar un escarmiento y aviso a posibles conspiradores: ordenó rapar al cero a todos los capitostes rebeldes, incluido Paulus, al que además “honró” con una capa y una corona de espina de pescado en la cabeza, haciéndoles desfilar por las calles de Toledo, mientras una muchedumbre sedienta de carnaza les increpaba y mofaba. Paulus fue encarcelado de por vida²².

Tras la guerra Wamba intentó reformar el sistema militar visigodo, inició un extenso programa de reparación de calzadas y también buscó convencer el corregir los abusos y vicios eclesiásticos (XI Concilio de Toledo, 675), aunque por otro lado favoreció al culto católico: siguiendo los consejos del arzobispo Julián de Sevilla se propuso acabar con el judaísmo en su reino y legisló que todos los niños judíos fuesen bautizados, se les diese nombres cristianos y fueran educados en la religión católica.

Tras su abdicación (681) Wamba se retiró al monasterio de San Vicente de Pampliega (Burgos) –actualmente desaparecido–, donde murió en año 688.

LAS INTERPRETACIONES HISTÓRICAS

A la hora de estudiar y analizar los sucesos históricos se hace difícil encontrar la balanza que permita dilucidar hechos de opiniones; de manera más o menos inconsciente los historiadores reflejan sus propias convicciones, sentimientos, antipatías, etc. en el objeto de su análisis. Se hace difícil, pues, encontrar una explicación unánime sobre un mismo hecho.

No es objeto del presente artículo entrar en el detalle de cuáles son las causas de este fenómeno; tan solo comentar brevemente que, desde el momento que revisamos y analizamos las fuentes que narran un determinado suceso, generalmente disponemos ya de más información que los propios protagonistas de aquellos hechos;

²² En el XII Concilio de Toledo (683) el rey Ervigio restituyó a los rebeldes seguidores de Paulus el favor real y sus propiedades confiscadas. Es posible que esta restitución llegara a beneficiar al propio Paulus, e incluso que éste pudiera haber sido el conde del mismo nombre que firmó las actas del XVI Concilio de Toledo de 693, pero para esto sería necesario que hubiera tenido una vida extraordinariamente larga. Todo ello confirmaría, además, las alianzas y conspiraciones palatinas entre los diversos clanes visigodos en su constante lucha por el poder.

si a esto añadimos nuestras simpatías o animadversiones hacia un país, personaje histórico, nuestra ideología o color político, etc. podemos concluir que, ante un mismo hecho, dos personas no reportarán la misma versión de los acontecimientos.

La revuelta del general Paulus no es una excepción, tan solo un ejemplo más que confirma la regla.

Por un lado tenemos la visión historiográfica tradicional hispanista, que afirma que la rebelión de Paulus se circunscribe dentro de la inestabilidad política endémica del estado visigodo; para ellos Paulus es un traidor que intenta romper el lema trinitario de san Isidoro: nación-religión-estado; el intento de usurpación y de segregación sería un agravante ante la identidad nacional visigoda y su forma de entender el estado como patrimonio del pueblo (=nación visigoda) y no patrimonio exclusivo de una persona o familia –como consecuencia de su origen nómada y tribal–.

En el polo opuesto tenemos aquellos historiadores que defienden el argumento que Paulus y sus seguidores formaban parte de un sector de la Hispania nativa que no se sentía identificada con el poder visigodo de Toledo, y cuyo sustrato era íberorromano o galorromano y que con la rebelión buscaban emanciparse de un poder ajeno y distante; el hecho que rápidamente la antigua Tarraco y la Narbonense –los territorios más alejados de Toledo– se declarasen partidarias de Paulus sería el mejor ejemplo.

Por otro lado existe una corriente que vertebra su discurso a medio camino de las anteriores posiciones; así, no niegan la hipótesis que existiese un descontento con la élite toledana, común a otros territorios, pero no tan circunscrito a un elemento territorial si no a un mero conflicto entre clanes y familias visigodas; justamente por el hecho que los territorios rebeldes cayesen prontamente en manos realistas –no hay que olvidar que hubo pocas batallas campales y que las ciudades de la Tarraconense se rindieron sin oponer apenas resistencia, a pesar de tener algunas de ellas sólidas defensas– quedaría en evidencia que no se trataba de una rebelión territorial si no de una rebelión nobiliaria en un territorio determinado.

BIBLIOGRAFÍA

General

- ABADAL, Ramon: *Dels visigots als catalans. La formació de la Catalunya independent*. Edicions. 62. Barcelona, 1974.
- BARBERO DE AGUILERA, A.: *La sociedad visigoda y su entorno histórico*. Siglo XXI de España. Madrid, 1992.
- COLLINS, Roger: *La España Visigoda*. Editoria Crítica. Barcelona, 2005.
- GARCÍA VOLTÁ, Gabriel: *El mundo perdido de los visigodos*. Bruguera. Barcelona, 1977.
- GARCÍA MORENO, Luís Agustín: *El fin del Reino visigodo de Toledo. Decadencia y catástrofe. Una contribución a su crítica*. UAM. Madrid, 1975.
- GARCÍA MORENO, Luís Agustín: *Historia de la España visigoda*. Editorial Cátedra. Madrid, 1989.
- ORLANDIS, José: *Historia del Reino Visigodo español*. Ediciones Rialp. Madrid, 2003.
- PALOL, P. de: "Catalunya del món antic al medieval", en *Etudes roussillon naises offertes à Pierre Ponsich*. Mélanges d'archeologie. Perpignan, 1987.
- RIPOLL LÓPEZ, Gisela: *La Hispania visigoda: del rey Ataúlfo a Don Rodrigo*. Temas de Hoy. Madrid, 1995.
- ROVIRA I VIRGILI, Antoni. *Història Nacional de Catalunya, volum II*. Edicions Pàtria. Barcelona, 1920.
- SOLDEVILA, Ferran: *Història de Catalunya*. Editorial Alpha. Barcelona, 1967.
- THOMPSON, E. A.: *Los godos en España*, Alianza Editorial. Madrid, 1971.

Sobre la Rebelión de Paulus

- AULADELL, Jordi: *La revolta del general Flavius Paulus. Un reialme visigòtic a la Tarraconense*.

(<http://www.histocat.com/index.html?msgOrigen=6&CODART=ART00522>).

- HERNÁNDEZ CARDONA, Francesc Xavier. *Història militar de Catalunya. Dels íbers als carolingis*. Rafael Dalmau Editor. Barcelona, 2001.

- VELÁZQUEZ, I.: "Wamba y Paulo: Dos personalidades enfrentadas y una rebelión", en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II. Historia Antigua*, tomo II. UNED. Madrid, 1989.